

ANDA DESPACIO

Antonio Gallo



TROPO EDITORES



**TROPE
EDITORES**

Trope Editores S. L.
Calatrava 79-81, 3.º 1.ª 08017 Barcelona, España
www.tropeeditores.com
info@tropeeditores.com

© Antonio Gallo Plazas 2016
© de la presente edición: Trope Editores 2016
ISBN: 978-84-96911-96-3
Código IBIC: FA
Depósito legal: B-10094-2016
Impreso en España - Printed in Spain
Colección Voces, N.º 49

Corrección: Irene Achón Lezaun
Diseño y maqueta: Óscar Sanmartín Vargas
Ilustración de cubierta: Óscar Sanmartín Vargas

Impreso en abril de 2016 en Icomgraph
Minería s/n Pol. Ind. La Magantina
22006 Huesca
Tel. 974 24 37 82

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





Toda cosa en el cielo inteligible también es cielo, y allí la tierra es cielo, como también lo son los animales, las plantas, los varones y el mar. Tienen por espectáculo el de un mundo que no ha sido engendrado. Cada cual se mira en los otros. No hay cosa en ese reino que no sea diáfana. Nada es impenetrable, nada es opaco y la luz encuentra la luz. Todos están en todas partes, y todo es todo. Cada cosa es todas las cosas. El sol es todas las estrellas, y cada estrella es todas las estrellas y el sol. Nadie camina allí como sobre una tierra extranjera.

PLOTINO, *Enéadas I*, 34



—No salgas esta noche.

Eugenio Andrade, de profesión marmolista, apura el último sorbo de café y mira a su esposa sin comprender, tal vez con un asomo de suspicacia.

—¿Por qué? ¿Te sientes mal?

—No, no es eso.

—¿Qué es, entonces?

—No sé lo que es, pero quédate en casa.

La mujer de Eugenio se llama Natalia Jiménez y tiene exactamente la misma edad que su marido: treinta y nueve años.

—¿Te preocupa algo?

—No. Sólo que no quiero quedarme sola esta noche.

—Pero ¿qué te pasa?

—Estoy nerviosa.

—¿Nerviosa? ¿Por qué estás nerviosa?

—No lo sé.

Eugenio Andrade no entiende:

—No entiendo.

—Yo tampoco, la verdad.

—Te va a venir la regla, claro.

—No me va a venir la regla —Los restos de la cena sobre la mesa. Natalia enciende un cigarro y Eugenio otro. Ambos se miran a los ojos y se echan a reír a la vez—. No me hagas caso. Estoy tonta.

—Ya —Un perro ladra en la calle y los vecinos de arriba vuelven a poner el televisor a todo volumen—. Van a despertar a la niña, los cabrones.

—No creo. Hoy ha caído rendida, estaba muy cansada.

—¿Habéis estado en el parque?

—Sí, casi dos horas.

Eugenio apaga el cigarro, se levanta y va al dormitorio de su hija.

Al cabo de un minuto vuelve al salón.

—Sólo son las diez. No tardo más de una hora, como siempre. Anda, espérame despierta.

—Vale.

Su mujer lo acompaña hasta el recibidor, lo ayuda a ponerse la chaqueta.

—No tardes.

—No, tranquila.

Eugenio Andrade se marcha escaleras abajo, se asoma a la noche, cruza la calle, deja atrás el descampado, cruza también el paso a nivel, la caseta del guardagujas, entra en el barrio.

Casi a diario, desde hace años, Eugenio sale a dar un paseo después de cenar. Le gusta hacerlo solo y recorrer una a una las calles de siempre, las mismas calles que abrigaron su infancia. Casi a diario, desde hace años, Eugenio acata las normas que su propia costumbre le ha impuesto y los preceptos de un hábito que se ha convertido en ley. Ininterrumpidamente, casi a diario, Eugenio atraviesa el barrio hasta desembocar en

el bar El Rincón, propiedad de su mejor y, tal vez, único amigo. Eugenio es (quizá) un hombre feliz porque no incurre en el error de querer ser feliz. Eugenio está convencido de que la vida está hecha para ser vivida, no pensada, y que la porosidad de lo cotidiano es garantía de bienestar. La aquiescencia de su mujer también lo ayuda a mantener el equilibrio.

A finales de septiembre aún hace calor y Eugenio se arrepiente de haber traído la chaqueta. No importa. La noche es hermosa, cantan los grillos, apenas hay gente por la calle y el silencio reconforta. Eugenio (en contra de lo habitual) es un hombre que necesita el silencio para vivir.

También le gusta andar sin prisa, beber a sorbos esos minutos que sabe que son suyos: el placer casi epidérmico de la calma, el hecho de ser capaz de prevenir los mismos hechos, incluso los mismos olores y la misma penumbra. Es verdad que cada uno de sus paseos (siempre idénticos, siempre por las mismas calles) alberga un pequeño universo de variantes: una ventana que se enciende, el llanto de un niño, el motor de un coche que arranca. Pero cada una de esas insignificancias sólo corrobora la quietud incandescente donde es más fácil amar lo que se ama. Pues Eugenio ama las calles por las que anda, y ama la pequeña ciudad de provincia en donde vive, y el chorro de agua que sale del grifo, y la luz que inunda la cama de su hija todas las mañanas.

En una ocasión, hace ya mucho tiempo, su mujer le preguntó: «¿Qué es el amor, Eugenio?». «Decir “Sí” a todo», contestó él, sin pensar. «¿A todo? ¿Incluso a lo atroz?». «Incluso a lo atroz».

Y esta noche, como cualquier otra noche, Eugenio camina rumbo hacia el bar El Rincón, donde tiene por costumbre tomarse una copa de vino con Luis, su mejor amigo. Luego volverá sobre sus pasos, recorrerá las mismas calles en sentido

contrario, subirá las escaleras de casa, volverá a encontrar el manantial que lo ayuda a vivir y cuyo cuerpo, solícito y tibio, huele siempre a lavanda.

He aquí, pues, a Eugenio Andrade, de profesión marmolista, caminando por las mismas calles que lo vieron nacer, en las que jugó de niño y fatigó los años de su juventud. Calles vulgares, pequeñas calles que nada tienen de hermosas. Pero lo cierto es que algo las avala: una aristocrática decadencia, esa grisura de los años cincuenta y sesenta, un caos urbanístico endulzado por la memoria, o por el amor, otra vez el amor, quién sabe. O por lo que sea.

Calle Ricardo Núñez, calle Manuel Serrano, calle de las Navas, calle del Maestro Armador. Los naranjos de alquitrán de la calle de la Infanta Doña María, los naranjos retorcidos, enfermos, cansados. Eugenio camina sin prisa, enciende un cigarro. Los mismos naranjos de hace décadas, los troncos de siempre plagados de nudos y tumores. Más arriba, a ambos lados, los chatos edificios con las ventanas encendidas. La gente bate huevos, hace tortillas, prepara la cena. La calle de Gravina huele a revuelto de verduras; la de los Bordadores huele a orín de gato. Todos los comercios están ya cerrados: pequeñas tiendas de retales, droguerías, pasamanerías, fruterías, agujeros familiares, tributos del tiempo, del amor a lo mismo.

Piensa Eugenio que aún es muy temprano para que las calles estén casi vacías. Y en su pensar, cada calle por la que pasa lo conduce al mismo ejercicio cuya memoria forma parte de la obligación diaria. Amigos perdidos u olvidados, encuentros sexuales con muchachas cuyo rostro apenas recuerda, emociones reducidas ya a un mero espasmo del tiempo y sus apósitos: aquel portal, ese balcón de ahí, esa esquina hundida en la tiniebla, esa morera que aún sobrevive después de tantos

años. Mas de inmediato, el rostro de su mujer se impone, y esa imposición lo llena de una codiciosa alegría. Una alegría, como si dijéramos, llena de asideros sexuales, pues el rostro y el cuerpo de Natalia son los únicos referentes capaces de absorber la realidad y de transformarla. Ciertamente, el pensar de Eugenio es más el abrigo de una certeza que el trabajo (quizá también la impostura) de una reflexión consciente. Porque Eugenio sabe que sabe, y por eso no quiere saber nada más. Los ojos grises, la boca de su mujer están ahí, eso es todo. No están en otro sitio, no son de ningún otro. La avaricia de un amor que fluye sin otra razón que su misma necesidad de fluir.

Calle Miguel Benzo, calle Albéniz, calle de la Previsión. La chaqueta en el brazo, la camisa remangada, el aire tibio. Eugenio desvía un pie para no aplastar un grillo. Calle Rodolfo Gil, calle del Abogado Enríquez Barrios. Tal vez no era un grillo, puede que fuese una cucaracha. No importa. La línea que separa el sí del no es la misma que separa lo posible de lo probable.

El bar El Rincón está en una esquina de la calle Don Lope de Sosa. Es un bar normal y corriente, como su dueño. Un bar cuya especialidad son los boquerones en vinagre, un lugar que no alimenta otro propósito que el de sobrevivir y cobijar a los ancianos de siempre, ese cáncer de testículos y ese olor compasivamente infame que es también parte de la noche. El julepe, cree Eugenio, es un juego de muertos, y la muerte es un juego de niños. Como el dominó. Un amarillo triste, una próstata mal operada, un telediario más en el purgatorio de ese mundo que, algún día, será también el suyo. O no. Quién sabe.

Luis ve entrar a su amigo y, antes de que este lo salude, ya le ha puesto sobre la barra un medio de vino fresco. En el bar no hay nadie. Incluso la televisión está apagada.

—¿Dónde está la gente hoy? —Y Eugenio sonríe.

—Y yo qué sé.

—¿Es que hay fútbol?

—No, que yo sepa.

—No lo entiendo.

—Ni yo. Lo único que entiendo es que si esto sigue así, voy directo a la ruina. Y además llevo toda la noche con la televisión estropeada.

—Eso que salimos ganando. Ponme unas almendras tostadas.

El vino es áspero y reconforta. ¿De qué reconforta? De cierta sensación de irrealidad, tal vez. O de algo abierto en ningún sitio. Eugenio no está seguro. Lo cierto es que Luis está muy callado (lo que no es habitual en él) y su mirada es distinta. ¿Por qué es distinta? Eugenio no lo sabe.

La luz blanca del neón, la mortecina luz, el peso del silencio, el sabor a rancio de las almendras tostadas.

—Aquí tienes.

—Estas almendras no están buenas.

—Ah, ¿no?

—No.

La certeza inexplicable de que cada palabra está fuera de lugar, la repentina certeza de la soledad, una sensación a la que Eugenio no está acostumbrado. Lo concreto. La suciedad de lo concreto, las almendras incomibles, algo latente en ningún sitio o en todos. La niñez perdida, una soledad que podría ser el preámbulo de todas las huellas borradas. O más sencillo aún: que simplemente es domingo por la noche.

—Y ¿Natalia y la niña?

—Bien. La niña dormida.

—¿En qué curso está ya?

—Ha empezado primero de primaria. Pero si ya lo sabes.

Como si las palabras no pertenecieran a quien las pronuncia. Como si el que las pronuncia no escuchase su propia voz.

—¿Quieres algo de cenar?

—No. Ya he cenado en casa —Como si las palabras se hubieran cansado de sí mismas y regresaran de un largo viaje. Como si todo lo concreto fuese una copia. Como si Luis, incluso, formase también parte de ese equívoco. Y pregunta—: ¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada. ¿Qué quieres que me pase?

—No sé.

—Estoy cansado. Si esto sigue así, dentro de una hora cierro y me voy a casa.

Pero sus palabras siguen pareciendo el remedo de otras, y en sus ojos hay una mirada esquiva, incluso insignificante. Ciertamente, Eugenio es un hombre suspicaz. Tal vez por ello ha bebido demasiado deprisa su copa de vino y ha pedido otra. Cualquiera día, sin duda, Luis habría hecho algún comentario jocoso al respecto. Sin embargo, ahora se limita a servírsela sin pronunciar una palabra. También le ofrece un platito con media docena de aceitunas.

Al cabo de unos minutos, el protagonista de nuestra historia paga la consumición, se despide y se marcha.

He aquí, pues, a un hombre que se llama Eugenio Andrade y que regresa, pensativo, a casa. Un hombre que tiene la sensación de que todo lo concreto ha dejado de serlo, un hombre que siente la urgente necesidad de subir las escaleras, abrir la puerta con la llave, entrar en el dormitorio de su hija, sentarse en su cama, verla dormir, tocar su pecho, sentirlo anhelar. Nunca se ha visto arrastrado por semejante urgencia, ni tampoco por semejante zozobra. ¿Tal vez porque Eugenio, en su deambular, ha alcanzado a ver el mundo de otra manera?

¿Quizá ha descubierto, de golpe, que el sosiego de su rutina también es susceptible de caer, momentáneamente, en el vacío? Lo único cierto es que un rato antes Eugenio era feliz, y ahora no lo es. Desconoce por completo los motivos por los que su amigo no parece el de siempre. En realidad, Eugenio se siente enfurecido, y tanto que esta vez no elude la tentación de aplastar con el pie un segundo grillo, un grillo que, a pequeños e impredecibles saltitos, se cruza en su camino. En esta ocasión Eugenio lo aniquila sin miramiento alguno, aunque de inmediato se siente mal, incluso peor que antes.

Poco a poco, sin embargo, se sosiega. La noche en calma, las pocas personas que se cruzan con él y que parecen surgidas de un pensamiento común y del mismo placer de caminar sin objetivo aparente, la tibia brisa que acaricia las ramas de los árboles. Pero el caminar de Eugenio sí que tiene un objetivo concreto, tan concreto como su creciente deseo. Y mientras camina deja atrás la calle de la Previsión, alcanza (sin apenas darse cuenta) la calle García Llamas y poco después la calle Sierra Madeira. Calles angostas, calles sumidas en la oscuridad, pues de repente todas o casi todas las farolas se han apagado. No se inquieta Eugenio, antes al contrario: le gusta el azulado color de esa oscuridad, incluso podría llegar hasta su casa casi a ciegas, tantas veces ha hecho el mismo camino de ida y vuelta.

Es más que probable (piensa Eugenio) que Natalia esté ahora mismo sentada en el sofá, frente al televisor, tragándose alguna de esas insufribles películas americanas. De vez en cuando mirará el reloj, atenta al sonido de las llaves en la puerta. Sí, es más que probable. De todas formas (continúa pensando) lo probable no es garantía de lo real, y menos aún de lo concreto. Puede suceder que, cansada de esperarlo, se haya acostado. O que se esté duchando. Eugenio sonríe, mas

de inmediato se arrepiente de haber sonreído, pues, sin saber por qué, se acuerda del grillo aplastado. Ese recuerdo lo anima a acelerar el paso y dejar atrás, en cuestión de minutos, las calles Garellano y Arfe, ambas también sumidas en la casi total oscuridad. Por el contrario, cuando desemboca en la calle del Siete de Mayo, lo sorprende la luminosidad de las farolas y de algunos escaparates, que irradian inusuales fulgores. Piensa Eugenio que el tendido eléctrico debe de estar descompensado, y así parece ser, sin duda: al abandonar la calle del Siete de Mayo y entrar en Rodolfo Gil, lo envuelve de nuevo la penumbra, con la excepción de que las farolas, sin estar apagadas del todo, ofrecen tenues brillos, tan hermosos que a Eugenio le recuerdan a un árbol de Navidad y lo conducen directamente de la mano al vocablo *lucecina*, con el que su hija suele nombrar esas luces pequeñas que, sin apenas alumbrar, mantienen la oscuridad a raya. Un mínimo fulgor muy parecido al de la pequeña lámpara que Natalia suele dejar encendida todas las noches en la mesilla de la niña, junto a su cama.

Todas estas divagaciones distraen por unos instantes a Eugenio y lo obligan a sonreír con ternura. También lo obligan a aflojar la marcha, incluso a pararse unos segundos para encender un cigarro. Ya no hay prisa: está a punto de salir del barrio, de llegar al suburbio ferroviario en el que vive. Sólo ha de atravesar la calle Albéniz (lo cual acaba de hacer) y doblar por la calle del Arcipreste. Y tal cosa sería lo más natural del mundo si la calle del Arcipreste estuviera ahí. Desorientado y finalmente estupefacto, Eugenio no comprende. La calle del Arcipreste debe comenzar exactamente aquí, pero lo que *aquí* hay no es más que un bloque de viviendas y en sus bajos un taller de coches cerrado.

Eugenio se asegura de estar en la calle Albéniz, vuelve sobre sus pasos, mira a su alrededor en todas las direcciones.

En la acera opuesta se levanta el lado sur de los muros de la Facultad de Veterinaria, y justamente detrás de esos muros están las caballerizas. El olor es inconfundible. El comienzo de la calle del Arcipreste ha de estar justamente enfrente. Pero no está. Una calle perpendicular a la de Albéniz y paralela a la del Arcipreste es la calle Miguel Benzo. Eugenio la recorre en toda su longitud. Al final de Miguel Benzo se abre la pequeña glorieta de Cisneros, y en dicha glorieta, unos metros más a la derecha, debe desembocar la calle del Arcipreste. La glorieta (con el mercado de abastos, la tienda de tejidos, y el quiosco de periódicos de siempre) está efectivamente ahí, pero lo que no está es la calle del Arcipreste.

Lo normal, ahora, sería escribir: «Eugenio cree estar viviendo un sueño». Pero semejante frase, además de vulgar, es errónea. Pues Eugenio sabe perfectamente que no está soñando. A la confusión mental le sucede de inmediato un cierto trastorno físico, quién sabe si provocado (en parte) por el mal estado de las almendras y de las aceitunas que, por cierto, le supieron a moho. Por último, llega la soledad, y con ella la inaplazable necesidad de contárselo a alguien, de preguntar. De manera que nuestro hombre, olvidándose momentáneamente de su casa, de su mujer y de su hija, vuelve a recorrer las calles anteriores en sentido contrario y encamina sus pasos hacia el bar de su amigo. Tarda en llegar, aproximadamente, la mitad del tiempo que ocupó en el anterior trayecto de vuelta. Camina Eugenio a toda prisa temiendo que el local ya esté cerrado y Luis se haya ido a su casa. Cuando por fin llega a la calle Don Lope de Sosa, reduce el ímpetu de su marcha, pues comprueba, con indudable alivio, que allá en el fondo de la calle y en la esquina opuesta, el bar aún sigue abierto. Ha llegado justo a tiempo, pues el rótulo luminoso está apagado, aunque la puerta no está cerrada del todo y hay luz en el interior.

Sudoroso y algo jadeante, Eugenio entra en el bar. De inmediato el olor a lejía como una bofetada, los expositores vacíos y apagados, las sillas encima de las mesas con las patas hacia arriba. Luis friega el suelo, se vuelve:

—¿Qué haces aquí otra vez? ¿Qué te pasa?

La realidad, todo el mundo lo sabe, se nutre de cosas concretas, y todo lo que es concreto tiene efectos balsámicos: la ruindad de la lejía, el cubo y la fregona, las sillas puestas del revés, las estanterías llenas de licores, los nebulosos (y ridículos) cuadros que adornan las paredes, la sonrisa (ahora sí, al fin) de Luis.

Eugenio le expone los hechos a su amigo con desordenada precipitación. Luis lo escucha sin pronunciar una palabra y finalmente se aleja unos pasos, coloca dos sillas junto a una mesa, va tras la barra, trae dos vasos y una botella de Passport.

—Lo tomas solo y con hielo, ¿verdad?

—Sabes que sí. Aunque no sé si debería.

—No seas tonto. Invito yo.

Sentados a la mesa, el tabaco y el alcohol lideran la realidad de lo que es concreto, de lo que está más allá de cualquier olvido. Finalmente, Eugenio sonrío por primera vez.

—De manera que la calle del Arcipreste ha desaparecido, ¿no es así? —y al decirlo, los ojos de Luis parecen achicarse, disminuir de tamaño.

—Eso es.

—El problema es que no sé de qué calle me hablas.

Todo lo que es concreto, junto a la realidad y sus barandas, parece saltar por los aires.

Eugenio se atraganta:

—Coño, pareces tonto. Si aquella novia que tuviste vivía allí, si tú y yo hemos pasado por esa calle cientos de veces. Está a cuatro manzanas de aquí.

—Te refieres a la calle Miguel Benzo.

—No me refiero a Miguel Benzo. La calle del Arcipreste. De chicos jugábamos en esa calle y tú te abriste la cabeza una vez al darte contra un árbol.

—Me acuerdo perfectamente. Pero eso fue en Miguel Benzo. Conozco el barrio mejor que tú, idiota. No hay ninguna calle que se llame Arcipreste.

Cualquier posibilidad, con sus respectivas variantes, va más allá de la mera posibilidad. Lo imposible y lo probable acortan distancia, incluso se tocan la mano.

Eugenio apura su copa, consulta la hora: lleva ya más de hora y media fuera de casa.

—Me voy a ir.

—Es lo mejor, sí. Vete a casa, descansa. Mañana todo será distinto.

Eugenio sabe que mañana nada será distinto porque mañana es siempre hoy. Porque sólo el ahora es concreto, es real, aunque algo se corrompa en su interior. Eugenio está muy nervioso y cuando, ya en pie, mira por última vez a su amigo, hay en su mirada una súplica indefinible.

—Ya.

—Anda, ánimo, te habrá sentado mal el vino —ríe Luis.

Y de súbito, por encima de la angustia, la cólera:

—¿El vino? Vete a la mierda. Tan verdad es esa calle como estos ojos con los que te miro. En esa calle está la tienda de suministros eléctricos. Hace una semana compré allí dos metros de cable.

Luis se encoge de hombros, enciende otro cigarro:

—Como quieras. Lo que no entiendo es qué hacías por ahí si ibas de camino a tu casa. Por qué diste semejante rodeo.

—Me gusta pasear.

—Bien. Pero ahora hazme el favor de volver todo derecho por Ronda Sur. En quince minutos llegas.

Eugenio asiente con la cabeza y se marcha. Eugenio Andrade piensa o cree pensar que lo sucedido no es un sueño porque la realidad, tal vez, es un sueño que a sí mismo se sueña. O no. De momento, lo único que desea con todo su corazón son dos cosas: que las náuseas dejen de castigarle el estómago y que su mujer no se inquiete por su tardanza.

Al final de Don Lope de Sosa comienza Ronda Sur, una amplia avenida sin apenas árboles y que, en su flanco más septentrional, separa a la ciudad de la nada. Esa nada, a la que algunos denominan campo, es un desierto lleno de escombros que se extiende hasta casi tocar la falda de la sierra. Ronda Sur desemboca directamente en el suburbio ferroviario donde vive Eugenio. Si a un lado de Ronda Sur se encuentra la referida nada, en el lado opuesto se levantan los últimos edificios de la ciudad, cuya promiscua disposición y su arquitectónica mescolanza son el resultado de una neurosis colectiva no exenta, eso sí, de cierto sentido del humor. Polvorientos edificios o moles de ocho plantas, humildes cuarterías adosadas a muros solitarios, logias con dóricas columnas y jardincillos repletos de chatarra y motos desguazadas, y entre unas y otras sus calles tributarias, las distintas, las minúsculas calles que nacen (o mueren) en Ronda Sur: calle Pitero, calle Navascues, calle del Hacha, calle de la Ruidera, calle de la Mestanza.

Eugenio camina y, conforme camina, se tranquiliza, y conforme se tranquiliza, aminora el paso. Bajo la noche anaranjada y azul camina Eugenio, y al caminar recupera sus pequeñas verdades cotidianas, un cierto asomo de optimismo, pues todas esas calles son sus calles, todas forman parte de su niñez y de su deteriorada adolescencia. Algunos coches circulan por la avenida, síntoma inequívoco de normalidad. Es cierto que hay poco tráfico, pero también es cierto que hoy es domingo

y que ya son casi las doce de la noche. Mañana (y Eugenio el primero) la gente tiene que ir a trabajar.

Un perro que vuelve a ladrar en algún sitio, la luminosidad de las farolas a lo largo de toda la avenida (no así en las calles adyacentes, que están sumidas en la casi total oscuridad), sus resplandores opalinos. Hubo un tiempo en que no existía Ronda Sur y todo, entonces sí, era campo. La casa de sus padres, la casa en la que nació, la casa en la que ahora vive se asomaba a ese campo multicolor cubierto de hierba, higueras, ailantos. Vivir en el extrarradio de la ciudad tenía, por aquel entonces, sus ventajas. Tal vez entonces, siendo muy niño, Eugenio aprendió que el ahora inmediato excluye toda posibilidad de futuro, que todo está dado en ese mirífico instante en el que la alegría de vivir es real. El arroyo que, bajando de la sierra, recorría en toda su longitud ese campo hasta desembocar en el río, ese arroyo (ahora reconducido bajo tierra a través de enormes tuberías) en el que jugaba, pescaba ranas, y cuya fascinación aún perdura en lo más hondo de su alma.

Si apuntamos aquí, de pasada, todas estas consideraciones (quizá un tanto melancólicas), es porque Eugenio se sirve de ellas para intentar olvidar la angustia que le produce la sencilla dicotomía: o que su amigo está loco o que él mismo es quien ha perdido el juicio. Pues lo horrible (piensa Eugenio) no consiste en haber tenido (supuestamente) una alucinación pasajera, sino en haberla estado teniendo durante toda la vida.

Ya ha recorrido más de la mitad de Ronda Sur. Con cuánto alivio, al fin, distingue al fondo y a lo lejos la silueta de la vivienda del guardagujas, y un poco más allá la silueta también (un tanto borrosa) del edificio donde vive. Es más: incluso distingue dos de las ventanas de su casa, en la tercera planta. Y están encendidas. Nunca ha sentido una emoción parecida y nunca ha sentido una necesidad tan urgente de llegar, de

abrazar a su mujer. Una urgencia, por cierto, que lo sorprende. A sí mismo se va diciendo que no hay motivo para semejante ansiedad y que mañana todo será distinto.

Sucede, sin embargo, que al pasar junto a una de las calles laterales sumidas en la casi oscuridad (tal vez el Camino Alto, quizá la calle de Aliso) surge de improviso una figura menuda, tal vez acechante, y cuya voz angustiada (y claramente femenina) obliga a Eugenio a parar en seco: «Perdone, señor, ¿puede ayudarme?». U: «Oiga, señor, disculpe, ¿podría ayudarme?».

Sea como fuere, Eugenio se detiene, aunque al hacerlo se empiece a arrepentir de inmediato, pues lo más seguro es que se trate de lo mismo de siempre: unas monedas, un cigarro, una famélica disposición. Pero no es así. La muchacha que se aproxima hacia él, y que parece surgir de ningún sitio, es una muchacha normal y corriente que avanza a pasos cortos e inseguros; una muchacha muy joven que viste unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca también normales y corrientes. Y no sólo eso: al llegar a la altura de Eugenio y detenerse, muestra un rostro bellísimo de facciones subversivamente delicadas, un rostro que sólo es capaz de inspirar ternura, el rostro casi de una niña. Aturdido, Eugenio la contempla y ella se deja contemplar (antes de volver a pronunciar una palabra) durante una fracción de tiempo que roza la eternidad y que congela el instante: esas décimas de segundo en las que ella mira al hombre que la mira y a su vez se deja mirar por él, obedeciendo sin duda a una ley ancestral que nada, ni siquiera la muerte, es capaz de poner en duda.

—Perdóneme, es que me he perdido. ¿Podría ayudarme?

Eugenio, como suele ser común en estos casos, sonrío sin ganas, incluso sin saber que sonrío:

—Claro. ¿Dónde quieres ir?

—Al barrio de la Magdalena.

—Eso está en la otra punta de la ciudad. ¿No eres de aquí?

—Sí, señor, sí que soy de aquí. Pero es que no sé qué me pasa. No encuentro las calles para volver —y al decirlo sus ojos se nublan y reprime un sollozo—. Llevo ya más de dos horas dando vueltas. No sé explicarle. Mis padres me van a matar.

Ahora es el momento, en efecto, en el que podríamos decir que Eugenio se siente capaz de abrir por primera vez los ojos frente el abismo que se extiende a sus pies. Todo lo sucedido antes parece cobrar, de súbito, un sentido distinto, y lo que Eugenio descubre en su interior es, por decirlo de alguna manera, el deslumbramiento de un paisaje.

No obstante, se sobrepone:

—Tranquilízate, no es tan difícil: sólo tienes que coger la avenida de la Concepción, luego cruzar los jardines, atravesar el centro y por último la calle de los Armadores, hasta el final. Media hora larga, andando.

—Pero si eso ya lo sé —y al decirlo la muchacha se pasa una mano por el pelo, exasperada.

—No te comprendo —miente Eugenio.

—Llevo viniendo a este barrio toda mi vida, he pasado la tarde estudiando en casa de una amiga y ahora no sé qué pasa, me estoy volviendo loca.

—Y ¿qué es lo que pasa? —pregunta Eugenio sintiendo cómo retornan las náuseas.

—Que no encuentro el camino de mi casa —Y esta vez no consigue reprimir un sollozo—. Tampoco consigo llegar al centro, paso por calles que no conozco y salgo a otras que tampoco conozco, vuelvo para atrás, lo intento por otro lado, y lo mismo. Algunas calles sí son las de siempre, pero otras no. Le he preguntado ya a varias personas, pero ninguna me dice nada o no entienden lo que les digo.